

Por la fe...

Una aproximación al Antiguo
Testamento bajo la guía del
Espíritu Santo

ABRAHAM: habitó

por Antoni Mendoza i Miralles

© Edicions Cristianes Bíbliques, 2002
Apartat 10053, 08080 Barcelona-Catalunya (Espanya)
c-electrònic: ecb.edicions@wanadoo.es
Maquetació: AMM, Apartat 2533, 08080 Barcelona-Catalunya (Espanya)

«Por fe habitó en la tierra prometida como en tierra ajena, morando en cabañas con Isaac y Jacob, herederos juntamente de la misma promesa: porque esperaba ciudad con fundamentos, el artífice y hacedor de la cual es Dios».

(Hebreos 11:9-10).

En el capítulo anterior hemos considerado el llamado de Abraham, y como en obediencia a la voluntad de Dios, marchó por la fe a la Tierra de la Promesa, sin saber hacia donde se dirigía. Ahora hemos de considerar una experiencia complementaria a aquella; sin ésta segunda experiencia de fe de Abraham la anterior podía haber quedado en nada. Una vez en la Tierra de la Promesa podía haber vuelto atrás o se podía haber integrado a los pueblos de aquella tierra como lo hizo Lot. Pero Abraham completó su obediencia de marchar por la fe, con la de peregrinar por la fe en la Tierra de la Promesa.

Promesa y cumplimiento

Abraham marchó de su tierra creyendo en la promesa de una tierra mejor que Dios le había dado. Esta promesa inicial, que Abraham recibió cuando estaba en Ur de los caldeos (Gé 12:1-3; 15:7), Dios se la confirmó cuando Lot se apartó de él para ir a la ciudades de la llanura (Gé 13:14-16); aunque el establecimiento del Pacto, con todo su ritual, sucedió un poco más tarde, como lo encontramos registrado en el capítulo quince del libro de Génesis. El pacto que Dios estableció con Abraham tenía una señal, la circuncisión de todo varón, y delimitaba los límites de la Tierra de Promesa (Gé 15:13-19).

Pero, el hecho es que Abraham, a lo largo de toda su ida, vivió en la Tierra de la Promesa como un extranjero (Gé 23:4). Su peregrinaje duró toda su vida, y esa situación se extendió a la vida de su hijo, Isaac, i de su nieto, Jacob, coherederos de la misma promesa (He 11:9).

El tiempo es un elemento a tener en cuenta entre la promesa de Dios y el momento de su realización, o sea, de su cumplimiento. Lo vemos en la promesa de un redentor que Dios dio a Adán y

Eva en Edén, y que fue ratificada a través de todo el Antiguo Testamento hasta llegar a Simeón, quien finalmente tuvo en sus brazos aquel que era el cumplimiento de la promesa, Jesús el Cristo. El cumplimiento de las promesas dadas a Israel, y contenidas en los pactos Abrahámico, Palestino, Davídico y Nuevo, en gran parte aún están pendientes. Lo mismo ocurre con la promesa que Cristo dio a su Iglesia de que volvería a recogerla y la llevaría a la casa del Padre. Entre la promesa y el cumplimiento normalmente Dios tiene la gracia de conceder un tiempo, que nosotros muchas veces consideramos demasiado largo, puesto que no acabamos de entender los pensamientos de Dios (2P 3:9).

El tiempo entre la promesa y el cumplimiento exige de los creyentes que seamos peregrinos. La situación en la que nos encontramos no es definitiva, por buena que sea, es provisional. Esto presenta dos peligros en nuestro horizonte: que llegamos a considerar nuestra situación actual como definitiva, y nos transformemos en nómadas en lugar de seguir siendo peregrinos; o que, perdiendo de vista el cumplimiento, nos acomodemos al contexto que nos envuelve llegando a ser uno más de éste mundo.

La paciencia nos es necesaria en ésta situación, y con ella la solicitud, la perseverancia y la largura de ánimo (He 6:11-12, 15; 10:36). Estas virtudes las hemos de desarrollar en el espacio de tiempo que transcurre entre la promesa y el cumplimiento, que Dios nos permite en su gracia.

El tiempo entre la promesa y el cumplimiento pone en evidencia nuestro carácter, i el estado de nuestro corazón. Abraham mantuvo la fe en que la Palabra de Dios se cumpliría; pero su sobrino Lit, que había salido con él, la perdió y dejó su condición de peregrino; y en lugar de peregrinar en la Tierra de la Promesa como en una tierra extranjera, fue a vivir con la gente de la llanura, a la ciudad de Sodoma, como una más de ellos.

Es cierto que Abraham tubo momento en los que su fe se debilitó, en que dejó de levantar el altar, pero no conocemos que jamás dejase de vivir en tiendas, ni cuando bajó a Egipto. El nómada es aquel que mantiene la tienda, pero el peregrino es aquel que mantiene la tienda y el altar (Gé 12:10-20).

Hemos de vigilar el efecto que el tiempo provoca en nosotras vidas. Dios permite un tiempo entre la promesa y el cumplimiento, entre otras cosas, para formar en nosotros el carácter cristiano, para que evidenciamos un crecimiento y una madurez, y se evidencia la realidad de nuestro corazón: que se manifieste en nosotros la vida de Cristo, que ha sido el gran Peregrino, el Peregrino de la Cruz. Pero nuestra carne aún está enferma, y el diablo quiere que perdamos de vista el cumplimiento; éste mundo nos invita constantemente a bajar a la llanura y vivir en sus ciudades, en casas de ladrillo, y que demos por acabado nuestro peregrinaje. Hemos de ser vigilantes, y tener cuidado de nosotros mismos, y también hemos de escuchar lo que nos dice el Espíritu Santo a través de la Santa Palabra.

Entre ellos, pero no formando parte de ellos

Ésta es una distinción importante para todo creyente, es fundamental. No obedecerla, y dejar de vivir de ésta manera, arruinará nuestra vida peregrina. La promesa de Dios a Abraham fue incondicional, pero poder disfrutar de la esperanza y de su cumplimiento en el tiempo dependía de su conducta.

Cristo también recordó la misma verdad en su oración al Padre: *“No son del mundo, como tampoco yo soy del mundo... Como tú me enviastes al mundo, también los he enviado al mundo”* (Jn 17:16, 18).

El cristiano está en el mundo sin ser parte de él, como Abraham; estamos en éste mundo para glorificar a Dios y testificar de su

Palabra. Eso únicamente lo podemos realizar en la medida que estemos en el mundo sin ser parte de él. Lot es el ejemplo clásico del cruce de dicha línea, y la Escritura nos describe las graves consecuencias que sufrió personales, familiares y de pérdida de testimonio.

Esta línea de separación está cada día más difuminada, y para muchos cristianos actuales ya casi ha desaparecido. El ejemplo de Lot es seguido por un número cada día mayor de cristianos, y aquellos que quieren ser de la estirpe de Abraham parecen ser cada día un grupo más pequeño. Pero no hemos de olvidar que fue Abraham quien ayudó a Lot cuando fue tomado prisionero, junto con los habitantes de la llanura. Si consideramos el resultado de las dos opciones, la de Abraham y la de Lot, veremos que por dura que parezca la vida del peregrino es aún más dura la de aquel creyente que decide vivir en la llanura.

Peregrinar en la Tierra de la Promesa

El peregrino Abraham sabía que había de recibir en herencia la Tierra de la Promesa, pero que no lo sería en las condiciones en que ésta estaba. Aquella tierra estaba poblada por gente idólatra y pecadora, y sus ciudades estaban llenas de pecado. La promesa de Dios era que la tierra sería para él y su descendencia, para un pueblo que únicamente reconocería a Jehová como el Dios verdadero y que caminaría en obediencia a sus mandamientos, a su palabra, en santidad de vida. Él esperaba confiadamente que Dios hiciese los cambios necesarios para que la promesa fuese una realidad.

Abraham recibió la promesa de una tierra, pero Dios también le habló de una ciudad muy especial: “esperaba ciudad con fundamentos, el artífice y hacedor de la cual es Dios”. Esta ciudad no responde a ninguna ciudad terrenal, ni la de Jerusalén, que Dios

escogió entre todas las ciudades de Israel para establecer su Templo. La que esperaba Abraham la había pensado y ejecutado el mismo Dios.

Lo primero que se dice de la ciudad es que tiene “fundamentos”. Los fundamentos es lo que hace que una construcción sea sólida y firme, como queda ilustrado en la parábola de las dos casas (Mt 7:24-27). Cuando se habla de los fundamentos de una ciudad, a la luz de Apocalipsis 21, se habla de los fundamentos de sus murallas, que la delimitan y da seguridad a la construcciones interiores y a sus habitantes. Una ciudad con fundamentos, es una ciudad amurallada y segura, y así es la ciudad de Dios.

El hecho que sea Dios su artífice y hacedor nos lleva a la Nueva Jerusalén, que es descrita en los capítulos 21 y 22 del libro de Apocalipsis. Es la ciudad de Dios, como se la llama en Hebreos (He 12:22), pues ésta es la única que encaja con la descripción de la ciudad que esperaba Abraham.

Vemos que su fe se extendía en el tiempo, y llegaba hasta el Reino de Dios; y que se extendía en el espacio, y penetraba a Cielo, desde donde bajará la Nueva Jerusalén. ¿Qué otra ciudad se podría comparar a ella? Aquella visión gloriosa hacía pobre y menospreciable cualquier otra alternativa. No sabemos lo que Dios le mostró exactamente, pero lo cierto es que la esperanza de llegar a la ciudad de Dios ha sido la esperanza de todos los creyentes a través de los siglos.

Únicamente cuando se pierde de vista ésta visión celestial, llegamos a considerar deseables las cosas que nos rodean. Por ello es que nos es necesario mantener la visión celestial, nos es necesario escuchar lo que el Espíritu dice por la Palabra. Manteniendo clara la visión celestial podemos vivir como peregrinos en la Tierra de la Promesa como en una tierra extranjera, esperando pacientemente el cumplimiento de la promesa, sin dejar de plantar la tienda ni olvidar levantar el altar.

Edicions Cristianes Bíbliques